

rá tal vez cuestión de edad, pero para nosotros Merino Reyes es, desde hace años, uno de los más maduros y robustos cultores de la literatura nacional. En *Murcila* sus cualidades de escritor naturalista se afianza y desarrollan, aunque suele entrar con cierta frecuencia en el "neorrealismo" que parece ser la escuela más en boga hoy entre nuestros novelistas. Pero lo que caracteriza el estilo de Merino Reyes es la plasticidad de su prosa y el dramatismo de sus temas. Hay uno de los relatos del tomo que comentamos que hubiera merecido la extensión de una novela: trata en él un tema político-policial pero con una ambición balzaciana en la forma y estilo, que permite apreciar todo lo mucho que Luis Merino es capaz de dar como creador de ficciones tomadas de la realidad.—*Juan Marín*.



<https://doi.org/10.29393/At345-52ESJM10052>

"ECOS Y SOMBRAS", poemas de *Carlos de Prada*. Edit. Florensa y Lafon, Montevideo, y "FIN DE LAS EMBAJADAS", de *Roger Peyrefitte*

Este docto catedrático que desde hace muchos años enseña literatura hispanoamericana a los alumnos de la Universidad de Wáshington, Seattle, Norteamérica, cultiva la poesía en horas de abandono y de placer. En *Ecós y sombras* ha reunido, con criterio e intención antológica, poemas escritos desde 1908 hasta nuestros días y los ha colocado bajo el signo pascaliano de: *Nihil amplius nostrum est; quod nostrum dicimus, artis, est*. Aunque pertenecientes a épocas diversas, estas sesenta composiciones están atadas por una continuidad de ideas y de sensibilidad que son características del poeta. En el estilo —advierte el autor—, se podrá encontrar influencias diversas, "de poetas y prosistas del poniente y del levante, del norte y del mediodía", pero la urdimbre del poema y con ella el ensueño y "la intención futuradora que lo anima", son auténticamente suyas. El libro está dedicado a su patria, Colombia, que él titula "Andenia":

*El ser me diste y la risa
¡Oh dulce tierra natal!
Yo te devuelvo esos dones
En riquebros que repican
Cual "cencerros de cristal".*

*Fe y esperanza me diste
¡Oh dulce tierra natal!
Yo te devuelvo esos dones
En suspiros que revuelan
Como alondras de cristal.*

*Acepta, pues, esta ofrenda
¡Oh dulce tierra natal!
Tuya es y es vida mía
Que ríe, sueña y espera
Tu bendición maternal.*

Colaborador permanente de la revista "Hispania" y de muchas otras del continente, Carlos García-Prada es, también, uno de los críticos mejor informados y un excelente divulgador de nuestra literatura sudamericana en los Estados Unidos.

* * *

Hace unas semanas publicamos en otras columnas y bajo el título de "Diplomacia y Literatura", un comentario de cierta extensión sobre el libro *Las embajadas*, de Roger Peyrefitte, el celebrado autor de *Les Amitiés Particulières*, *Les Amours Singulières*, *L'Oracle* y algunas otras obras de novela y teatro bien divulgadas. Aquel artículo nos valió varias cartas de corresponsales conocidos y desconocidos y aún visitas de amables interlocutores que pretendían convencernos de que todo cuanto Peyrefitte pintaba en su escandalosa novela de la vida diplomática era perfectamente verdadero y aún

se quedaba corto ante la turbia realidad. Confesamos que no nos hemos dejado convencer por los argumentos y por la crónica mundana con sabor a Pitigrilli que se nos ha ofrecido y seguimos pensando que el ágil y discutido novelista —ex diplomático francés— entregó al mundo una visión caricaturesca y tendenciosa del brillante y decorado mundo en que él mismo se movió durante algunos años. Nosotros preferimos juzgar por nuestra propia experiencia, es decir, por lo que hemos visto en catorce años de convivencia con diplomáticos de todos los países del mundo, desde los más clásicos y moderados hasta los más exóticos y pintorescos, y en lugares en donde, según es fama, la moral del “hombre blanco” se ablanda y afloja debido a factores climáticos, raciales y otros que no es del caso consignar. Lugares que huelen extrañamente a opio y haxix y por los cuales parecen transitar todavía las sombras de Loti y Farrère, de Joseph Conrad y David H. Lawrance. Sin embargo, y a pesar de que muchos de esos diplomáticos con quienes tratamos distaban buen trecho de la santidad y el ascetismo, continuamos creyendo que el cuadro de costumbres y el clima psicológico que *Las embajadas* nos trazara, es exagerado y en buena parte falso: se ha tomado allí la excepción como regla y la anomalía como normalidad.

Hemos leído posteriormente *El fin de las embajadas*, que es la continuación del libro ya comentado. Y conocemos también —por haberlos leído en la prensa francesa— el comunicado emitido por el ministerio de asuntos extranjeros de Francia con ocasión de la aparición de este segundo tomo, y la contrarréplica de Peyrefitte. Este ambiguo título de *El fin de las embajadas*, no significa en modo alguno la quiebra o desaparición de ellas como instituciones del derecho diplomático, sino más concretamente el fin de las embajadas para Peyrefitte. Pues, al asumir el poder el nuevo gobierno del general De Gaulle, al término de la Guerra Mundial II, procedió a exonerar expeditamente de los cuadros del servicio diplomático francés a Roger Peyrefitte —junto con muchos otros— bajo la infamante acusación de “colaboracionismo”. En efecto, el autor había servido bajo las órdenes de Vichy y en el gabinete del conde de Bri-

non, Residente General en París, a lo largo de los vergonzosos años de la "colaboración".

Por tratar, justamente, de estos hechos y de este turbulento período de su vida, el segundo libro no es casi una novela: es más bien una autobiografía, una especie de diario de su vida. Es más que eso aún: un alegato de defensa, hábil y minuciosamente preparado por el autor ex funcionario para justificar todos y cada uno de sus actos en aquella discutida y discutible época de la vida de su patria. Se ve allí en cada reglón, y hasta en las entrelíneas, un afán vindicativo y justificatorio. El novelista bienhumorado, versátil, cultísimo y "wildeano" en el brillo de sus diálogos que conocimos en el primer tomo, es vencido aquí por el abogado apologético que construye y expone, con indudable talento, su autodefensa. Y por esto creemos que este tomo es, literariamente hablando, muy inferior al primero. Sin embargo, su interés histórico es considerable. Pues por sus páginas desfilan, en brillante sucesión, los principales personajes de la Tercera República en trance de agonía, los equívocos protagonistas de la "colaboración" y, finalmente, los héroes de la "resistencia" brava y sufrida, pero tempranamente socavada por la intriga y los personalismos. Casi siempre todos estos personajes son mencionados sin clave alguna, con sus nombres propios.

Al final de la obra cae el telón de fuego sobre la Alemania arrogante y sobre Vichy arrodillado y se alza el nuevo escenario de la Cuarta República, construída por aquellos que tuvieron fe en los destinos de la Francia eterna y a los cuales el coraje no abandonó ni en los peores momentos de la prueba. El autor del libro, que a lo largo de sus páginas se ha mostrado siempre ecléctico y frío frente a los acontecimientos que estremecían a su pueblo, y que esperaba sobrevivir a la catástrofe escudado en una supuesta neutralidad frígida y protocolar de "la carrera", comprueba con sorpresa que el torrente lo arrastra y derriba. Aquellos colegas suyos a quienes creyó sus amigos, pero que operaban en la "resistencia", le vuelven la espalda. La "carrera", esa especie de Orden Sacra, de Hermandad de Sangre, de cofradía supranacional y supraestatal, se

derrumba ante sus ojos sorprendidos. Su mundo, el de *Las embajadas*, se desvanece en el aire tenue y desaparece en torbellino de un patriotismo un poco chauvinista pero legítimo.

Con esto, la frivolidad y el *esprit* que eran la tónica fundamental del estilo y seguramente de la personalidad misma del autor, lo abandonan. Peyrefitte se torna hombre serio. Y endurecido pero a la vez ennoblecido ahora por la dolorosa experiencia, escribe algunas de sus mejores páginas. Va a visitar a su antiguo jefe, el sereno e inteligente monsieur de Robien, que ha corrido pareja suerte en la "liquidación". El anciano le dice:

"—Yo no sé lo que ha pasado en los otros ministerios e ignoro cómo están reclutando su personal. Entre nosotros todos teníamos aproximadamente el mismo origen, la misma formación, igual modo de existencia y sucesivamente, los mismos puestos. Creo que hubiéramos podido lavar la ropa sucia en casa. Pero, ¿éramos en verdad una sola familia? Muchos de aquellos colegas a quienes tomábamos por nuestros iguales, sólo eran mediocres que esperaban su hora de revancha. Y ellos han sido, es claro, sostenidos por nuestros inferiores, como pasa en todas las revoluciones, listos a tomar el lugar de sus superiores..."

Este es el "Fin de las embajadas" para Roger Peyrefitte, el diplomático. Pero evidentemente no para Peyrefitte novelista. Sus triunfos de entonces acá han sido grandes y sonados. Es de esperar que el dolor y la desilusión que él no conocía, le den la madurez y profundidad que estaban ausentes en su frívola obra anterior. Nosotros terminábamos nuestra primera nota con estas líneas:

"Peyrefitte es un hábil novelista, un cóctel de Gide y Dekobra, de Rabelais y Restif de la Bretonne, todo eso agitado violentamente por un freudiano resentimiento contra el mundo".

Confiemos en que este cóctel haga explosión y que del humeante fondo del vaso nazca, para bien de las letras francesas, un nuevo Maupassant. Roger Peyrefitte tiene pasta y condiciones para ello.—

Juan Marín.